

Cuadernos de Historia Moderna

ISSN: 0214-4018

<http://dx.doi.org/10.5209/CHMO.52799>EDICIONES  
COMPLUTENSE

Arroyo Martín, Francisco, *El gobierno militar en los ejércitos de Felipe IV: El marqués de Leganés*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014, 382 págs., ISBN: 978-84-9781-836-0.

Personaje controvertido de la época del Felipe IV, Diego Felípez de Guzmán, I marqués de Leganés, no ha gozado nunca de una buena biografía. Tradicionalmente ha sido considerado como un personaje poco conocido y oscuro, hechura de su todopoderoso primo, el conde duque de Olivares y gracias a esto –y a sus buenos esponsales con la hija de Ambrosio Spínola, primer marqués de Los Balbases–, destinado a una carrera relámpago en las fuerzas armadas de la corona. Mediocre soldado, más cortesano y político que un verdadero estratega, y por ello condenado a unas humillantes derrotas en la península italiana –Tornavento (1636), pero sobre todo los fracasos de la campaña de 1640 culminadas con la derrota bajo las murallas de Casale Monferrato y el fallido socorro de Turín con su consiguiente capitulación–, y en Cataluña, con el desastre de Lérida de 1642. Por todo esto, pero también por el escaso peso que hasta hace poco ha gozado la historia militar en el mundo académico peninsular, ha quedado en un plano marginal respecto a otros personajes de su época que han canalizado la atención de generaciones de historiadores. Estoy pensando en primer lugar a la figura del mismo valido, que ha sido el objeto de la magistral biografía de sir John Elliott; pero también en otros personajes de la corte. Entre los más recientes trabajos de este tipo estarían los de Ana Minguito Palomares sobre el conde de Oñate (*Nápoles y el virrey conde de Oñate. La estrategia del poder y el resurgir del reino (1648-1653)*, Madrid, 2011) y de Cayetana Álvarez de Toledo sobre Juan de Palafox (*Juan de Palafox. Obispo y virrey*, Madrid, 2011).

En realidad el primer marqués de Leganés fue un personaje importante en su época, y no solo gracias a sus poderosos vínculos familiares. Era miembro de una familia noble, pero no de la primera nobleza del país. Un segundón que supo subir a la cúspide del poder, ser consejero real y general de los reales ejércitos, obteniendo laureles por su actuación como militar. En primer lugar, el título de marqués (1627), nuevas mercedes y títulos nobiliarios para sus hijos (1635) y, por fin, la grandeza de España (1639). Como se puede ver, una carrera que no se justifica solo por el poder del linaje y del parentesco –o por los favores de la corte–, sino también por su brillante actuación en el ejército. Capitán de caballería en Flandes, maestre de campo, castellano de Amberes –rango que lo equiparaba al de general–, general de la artillería y después de caballería, gobernador de las armas con el cardenal-infante en la jornada de Nördlingen, gobernador de Milán y capitán general en Cataluña.

Este trabajo de Francisco Arroyo Martín intenta colmar un vacío historiográfico presentándonos una biografía militar de este personaje. Se trata de un trabajo dividido en cuatro capítulos que analizan, o por lo menos lo intentan, las distintas épocas de la carrera de don Diego Mexía. Después de una presentación demasiado breve, en la que resume sus intenciones en unas escasas líneas –un tema así merecía sin

duda mayor espacio—, el autor realiza una pequeña introducción historiográfica, que se podría haber eliminado sin problemas, ya que es insuficiente como tal —se citan muy pocos trabajos relacionados con la guerra, la nobleza, la revolución militar o la economía—, y que realmente no hacía falta ante el desarrollo dado al trabajo.

El primer capítulo (*La forja de una gran carrera militar*, pp. 27-41) analiza los primeros pasos del joven aristócrata dentro de la carrera militar. Una parte demasiado escasa para examinar los —aproximadamente— treinta primeros años de servicio del marqués, dado que el autor no dice casi nada de su formación o su ascenso dentro del alto mando militar, y que no utiliza prácticamente ninguna fuente documental inédita. Tampoco los años que pasó en la corte en calidad de general de la artillería de España y, sobre todo, su participación en el sistema polisinodial de la Monarquía —ya que hay que tener presente que el marqués fue nombrado consejero de guerra—, reciben la atención que merecen. Una verdadera lástima porque el autor había podido analizar los ingentes fondos documentales del Archivo de Simancas para poder valorar el papel de Leganés como general y consejero de guerra, en una etapa fundamental para su futura carrera político-militar al lado de Olivares.

Más desarrollado parece el capítulo segundo (*En torno a Nördlingen*, pp. 45-124) en donde el autor nos cuenta la participación del marqués de Leganés en la expedición del cardenal-infante a Flandes, ejerciendo el puesto de gobernador de las armas del joven hermano del rey. Aquí al menos nos encontramos una descripción puntual de la marcha del ejército y de la batalla de Nördlingen, pero también en este caso parece sorprendente que el autor no utilice fuentes de archivo, y solo haga uso de unas cuantas relaciones impresas o manuscritas de la Biblioteca Nacional, que son bien conocidas y, en muchas ocasiones, consultables en internet.

El tercer capítulo (*El gobierno de Milán*, pp. 127-228) es el más largo de todo el libro y está dedicado al periodo en el cual el marqués fue capitán general y gobernador del Estado de Milán (1635-1640), una de las etapas principales de su carrera. Seguramente la mejor conocida de la vida de este personaje, en vista de la abundante bibliografía existente sobre la materia y la formidable documentación conservada en varios archivos, que el autor no maneja en absoluto. Sus citas referentes a documentos de archivo —puntual y anecdótica— parece deberse más a una lectura secundaria, utilizando material citado por otros autores —sin reconocerlos ni citarlos—, que a una lectura directa del documento.

Por fin, el cuarto capítulo (*Capitán general de los ejércitos de Cataluña y Portugal*) analiza las fases finales de la vida militar del protagonista. En realidad, el análisis se centra sobre todo en su actuación en la batalla de Lérida (1642), sobre la cual existen varias relaciones de batallas y fuentes impresas, mientras que solo un puñado de páginas están dedicadas a su caída en desgracia y a su posterior reintegración en el mando de las tropas reales, en un frente tan difícil como el extremeño. Los años tan esenciales de la caída del conde-duque y de la difícil lucha de Leganés para sobrevivir, han quedado reducidos a 13 páginas en total, que no sirven en absoluto para poder comprender lo que verdaderamente ocurrió en la corte, y el motivo por el cual don Diego Mexía perdió su posición, cuando otros personajes pudieron mantener sin problemas sus cargos y honores. Otro grave demérito de este fragmento de la obra que analizamos, es la absoluta falta de datos sobre la actuación del marqués al mando de las tropas en Extremadura.

También en otros aspectos el libro muestra enormes deficiencias difíciles de superar. La bibliografía, como he indicado antes, es demasiado escasa. Sorprende que

el autor de un texto, supuestamente de historia militar, no tenga en cuenta algunos de los mejores trabajos publicados en los últimos años que analizan la organización de algunos de los ejércitos europeos que en ese momento eran rivales de España. Hablo, en primer lugar, del magnífico trabajo de David Parrott sobre el ejército francés (*Richelieu's Army. War, Government and Society in France, 1624-1642*, Cambridge, 2001), o de los de John Lynn (citaré solo *Giant of the Grand Siècle. The French Army 1610-1715*, Cambridge, 1997), así como la magnífica obra de Olaf van Nimwegen sobre el ejército holandés (*The Dutch Army and the Military Revolutions 1588-1688*, Woodbridge, 2010). Sorprende también la falta de libros importantes para poder comprender el desarrollo de las operaciones militares durante la guerra de los Treinta Años. La lectura de un libro como el de Peter Wilson (*Europe's Tragedy. A History of the Thirty Years War*, London, 2009) habría sido muy útil y hubiera corregido algunos errores que se encuentran en el texto. Las fuentes utilizadas son limitadas, y fundamentalmente narrativas, por lo que no permiten una mayor profundidad. Faltan sobre todo fuentes administrativas, que generalmente son mucho más objetivas y suelen ser mucho más fiables que la relaciones de batallas.

Nos encontramos con un libro de difícil definición. No es un libro de historia militar *tout court* pues el autor no tiene en cuenta los parámetros habituales de esta disciplina. No se habla, por ejemplo, de tácticas, de organización militar, de los soldados, de su proveniencia, de la logística, de la estrategia... Tampoco dedica espacio a la historia social del ejército, ni se preocupa del origen social de los oficiales, de sus carreras, de la vida de los hombres bajo las armas o del impacto de la guerra sobre la sociedad civil. Temas que hoy en día son relevantes en cualquier trabajo de historia militar. El autor solo se dedica a contarnos una sucesión de acontecimientos y batallas, al estilo de un libro decimonónico de aquella historia de batallas superada y, científicamente, poco interesante.

El libro, además, necesitaba una profunda revisión y una atenta lectura, pues está lleno de gazapos. Casi todos los nombres de los personajes no españoles son erróneos. El autor, acriticamente, pone los nombres como vienen escritos en las relaciones de la época, sin haber averiguado en ninguna ocasión su ortografía original. Hay cientos de ejemplos a lo largo de todo el texto. Así, el conde Giovanni Serbelloni —de la primera nobleza milanesa y un personaje ya estudiado en varias ocasiones, y en textos que supuestamente el autor ha leído, porque están citados en la bibliografía— está escrito de dos maneras distintas, como si se tratase de dos personas: Juan Cerebellón (pp. 86, 131, 137, etc.) y Gerardo de Cervellón (p. 162). Francesco Tuttavilla, duque de San Germano, personaje clave del reinado de Felipe IV y Carlos II, en el libro aparece citado como Totavila (p. 270). Y esto solo por señalar algunos ejemplos, pues el listado de errores es infinito, ya que comprende también a los alemanes (el barón Seebach, que llama Sabbac), los irlandeses y los flamencos/valones. También la toponimia utilizada es en muchos casos equívoca. El autor cita lugares inexistentes por no haber indagado donde están realmente las localidades que se citan en los documentos: Piñerolo, en lugar de Pinerolo; Viella, en lugar de Biella, que localiza en el Val de Aosta, cuando en realidad está en Piamonte; Fregene, la sitúa al lado de Turín, cuando solo hay una Fregene en Italia y está al lado de Roma, a unos 800 kilómetros (p. 173); Censto, en lugar de Cengio; siendo sólo unos pocos ejemplos de un listado casi interminable.

Una aproximación histórica más seria, gracias a la bibliografía, habría evitado otras numerosas incorrecciones históricas. Por ejemplo, se afirma que Francia ataca el

Franco Condado en 1633 (p. 54), realmente dos años antes de la declaración de guerra, cuando es bien conocido que la invasión francesa ocurrió en 1636. Se habla de cinco cantones de los Grisones, cuando son solo tres los cantones, entre los cuales no estaban ni Berna, ni Ginebra (p. 54). La renombrada batalla naval de las Dunas o de Dover (1639), es llamada aquí Douvres (p. 232). O el desliz de afirmar que Bernardo de Sajonia Weimar es el que toma Breisach al mando del ejército sueco (p. 232), algo que se podría haber evitado con la lectura de trabajos como los de Peter Wilson o David Parrott, lo que habría ilustrado al autor que, en 1638, el general alemán estaba sirviendo a Francia y no a Suecia.

En conclusión, nos encontramos con un texto mediocre, metodológicamente superado y a veces incoherente, sobre todo si se tiene en cuenta la declaración de intenciones del autor, ya que debemos recordar que en la p. 24 afirmaba haber acudido en masa a la documentación de archivo, algo que a nuestro parecer no ha hecho de ninguna manera.

Davide Maffi  
Università degli Studi di Pavia